

ABDELLATIF LAÂBI: LA FE EN EL HOMBRE

Antonio Álvarez de la Rosa
Universidad de La Laguna

Conocer la obra de Laâbi es como inyectarse en la vena lectora una mezcla de dolor y alegría, de sufrimiento y de esperanza, de furor y de serenidad. Toda ella - y todo él cuando se le ha frecuentado - es un ejercicio de tolerancia o, para ser más exactos, reflejan la ambigüedad que encierra ese concepto. ¿Tolerancia es indiferencia, capacidad de soportar el desacuerdo o, más bien y a veces, lo contrario, es decir, obstinación en la defensa de un pensamiento? En el conjunto de su obra subyace siempre esa idea de que la libertad solo es posible si dejamos de creer en la terrorífica y alienadora noción de una sola Verdad. *Exercices de tolérance* se llama una de sus obras de teatro, estrenada en 1993, en una época como la nuestra en que, por desgracia, todos nos creemos tolerantes y no toleramos que nos digan lo contrario.

De su alta condición de escritor - aquél que, ante todo, es lo que escribe habla el que se preste poco a hablar... de su propia historia. En esta ocasión, con unos pocos mojones biográficos podemos dejar señalizado el camino de su yo social. Nace en Fez en 1942, hijo de un modesto artesano, gracias al cual “*je n’ai jamais été étranger au monde du travail, de ses peines, de son honnêteté, de ses grandeurs*” Aunque poco politizado, en su época de estudiante sí soñaba con cambiar el mundo, la realidad, utilizando las herramientas del arte. En el vacío cultural de aquel Marruecos, consciente de un pasado colonial y de un presente injustos, en 1967 se lanza con otros compañeros a la aventura de crear una revista, *Souffles*, publicación que solo resistirá cuatro años, pero que habría de jugar un papel fundamental en la renovación de la cultura magrebí. En 1972 fue arrestado y encarcelado por “atteinte à la sûreté de l’Etat” Ocho años más tarde sería liberado gracias a una campaña internacional a su favor. Esa excarcelación, en julio de 1980, le supuso, entre otras cosas, un cuarto de hora de temible popularidad. En una novela publicada dos años después, *Chemin des ordalies* (término que designaba la prueba judicial de carácter mágico o religioso para demostrar la inocencia o culpabilidad de un acusado), Laâbi se pone en guardia:

“Tu as pris de la valeur maintenant. Vieux loup des mers carcérales, Tu es comme une vierge qui a bonifié en macérant longuement. Ton exil, tes douleurs, tes cheveux blancs et la droiture de ta taille que tu as maintenue malgré le poids écrasant des années, tout cela fait charme irrésistible, c’est l’ambrosie autour de laquelle ne manqueront pas de tourner maints jouisseurs de la politique politicienne, maints Don Quichotte de la parole sur le retour. Prends garde. C’est maintenant que tu pourras y laisser des plumes”

Añadamos, para completar este esbozo biográfico, que en 1979 recibió el premio internacional de poesía otorgado por la Fundación de las Artes de Rotterdam. Un año después, el premio de la libertad del PEN Club francés y en 1981 el premio Albert Drouin de la Société des gens de lettres de Francia. Sus obras han sido

traducidas al alemán, inglés, turco, italiano, holandés y español. En nuestra lengua, y hasta la fecha, solo se ha editado su novela *Le chemin des ordalies*¹

Desde el fondo de la *citadelle d'exil*, como ha llamado eufemísticamente a la, por desgracia, muy conocida prisión central de Kenitra, Laâbi no paró de escribir, como lo demuestra su rosario de publicaciones: *Le Règne de Barbarie*, *Chroniques de la citadelle d'exil*, *Sous le bâillon le poème*, *Histoire des sept crucifiés de l'espoir*. A primera vista, estos poemas y cartas desde la prisión parecen cargar con el peso de la losa carcelaria, parecen estar empapados de un profundo pesimismo. Incluso llega a plantearse la pregunta de si quizá los hombres solo lleguen al fondo de su condición cuando están encarcelados: "Faut-il qu'ils soient séparés par les barreaux pour que les hommes atteignent la quintessence de leur humanité" Sin embargo, late en ellos una arteria femoral de la esperanza. Para él, escribir es "gagner une autre course contre la montre, contre l'aphasie, contre le compte-gouttes secret de la mort" Como poeta del amor, en su obra el sufrimiento, la vehemencia, la rebeldía, están sometidos por el freno de la serenidad y la ternura, se atemperan en una especie de aceptación del mal menor: "Qui parle/ de refaire le monde?/ On voudrait simplement/ le supporter/ avec une brindille/ de dignité/ au coin des lèvres"²

Laâbi es uno de esos escasos ejemplos para quien el diálogo es el arma preferida, la única forma de la convivencia. Y desde ese trampolín, la esperanza en el humanismo, en un logos compartido. En un libro de entrevistas realizadas por Jacques Alessandra en 1984, *La Brûlure des interrogations*, nos encontramos al Laâbi que bucea en su trastienda mental, filosófica y política a la búsqueda de su poética:

"Il y faut de la ténacité et ce grain de folie de l'espoir sans lequel le commerce de l'absurde et du désespoir finira par investir notre planète et la conduira à l'holocauste contre la plus haute valeur qui soit: l'esprit humain"

En un apunte más de su perfil de escritor combativo y sereno y dada la atmósfera de ombliguismo cultural que a muchos ciega, no resisto la tentación de citar un artículo suyo de hace ya un cuarto de siglo en el que trataba de resumir su visión de la cultura nacional, en este caso la marroquí, y de su encaje universal:

"La culture nationale n'est ni une négation, ni une volonté de clôture. Volonté, nécessité et condition d'être, on ne peut pas y déboucher par des portes de service. C'est un itinéraire ardu que les hommes de culture du Tiers Monde doivent assumer. Épopée du corps et de la mémoire avec le risque"³

El camino de las ordalías, Ed. del Oriente y del Mediterráneo, 1995

² *Le soleil se meurt*. Éditions de la Différence, Paris, 1992, p.15.

³ *Souffles*, n° 4 et 6

Antes de entrar en el meollo de los dos libros sobre los que trataré de mostrar su fe en el hombre, un libro de poemas, *Tous les déchirements*⁴: es decir, la convicción de que nada se detiene, de que la búsqueda es lo único que nos queda para captar el sentido de la vida en su realidad misma, la necesidad de la errancia ya en el pórtico mismo del libro: “*Soudain, la vie / l’étonnement de la mer/ De quelle fêlure l’errance/ de quelle écharde/ l’origine infinie qui se dérobe*”(p. 11). La madurez de un poeta aferrado a la balsa del humanismo, vigilante de tanto territorio amenazado y de la fraternidad universal, pulmones literarios que respiran utopía. Son raros los escritores que, como Laâbi, se han pegado con las fuerzas oscuras, las del poder y las de la condición humanas (las mismas, por otra parte), sin haberse ensuciado, sin haberse envilecido. En el vaivén entre el presente y el futuro, el cemento del pasado, la memoria inocente que no para de escucharse, de hacerse siempre presente para interrogarse:

“Ai-je fait mal/ à mes semblables/ à mes proches/ à mon peuple/ Ai-je trahi quelqu’un?/ Je pose ces questions/pour ne pas insulter/ l’avenir”

Además de poeta, novelista, dramaturgo, ensayista y traductor, Laâbi ha escrito cuentos para niños, pero no desde el “folclorismo” o desde un orientalismo de cartón piedra, constructor, eso sí, de un mundo familiar y extraño. *Saïda et les voleurs de soleil*⁵ es, por ejemplo, el mismo cuento de siempre, tenga la piel lingüística que tenga: ese gobernador que decide explotar el sol para vender su energía, despreciando el equilibrio ecológico y la salud de su pueblo. Cuento de un exigente optimismo, pero no sentimentaloides, que demuestra que bajo cualquier cielo cultural siempre habrá una pequeña Saïda dispuesta a todo para salvar el sol, cuento para cualquier edad, para cualquiera que tenga la edad de la esperanza.

Le soleil se meurt y *L’Étreinte du monde* son los dos últimos libros de poemas que Laâbi ha publicado, una antología de los cuales publica la revista *La Página* en un número de inmediata aparición. Madurez de un escritor que sigue creciendo sobre una de las raíces de su obra: la simbiosis entre el pasado que no cesa en su recordatorio implacable y el incierto futuro. No olvidar porque la memoria es como el Guadiana. Aun oculta, no deja de alimentar lo que somos y lo que vemos. No obstante, la lucidez optimista del poeta, su fe en el hombre, le impiden “franchir la ligne mince/ au-délà de laquelle/ l’homme qui se souvient/ se fausse compagnie à lui-même” (p. 60). En el primero de ellos, en *Le Soleil se meurt*, el dolor del poeta es como diamante que corta el cristal del presente para mejor transparentar lo por venir, dolor de una época que Laâbi es capaz de sentir y de transmitir desde la atalaya de su serenidad, incluso desde su controlada indignación. En ocasiones, la tentación del silencio, la dimisión de la palabra, le acechan como si buscara un paraguas protector de los diluvios irracionales

⁴ Éditions Messidor, 1990

⁵ *Saïda et les voleurs de soleil*. Images de Charles Barat, texte bilingue arabe/français. Messidor/La Farandole, Paris, 1966

de un siglo sangriento, asaltado por la duda en su larga marcha por los caminos de la fraternidad: “Voilà/ je démissionne du genre humain” (p. 69). No obstante, su voz rebelde, pero no histriónica ni resentida, le impide callar (nos) y el amor seguirá siendo la soldadura autógena que une al poeta con el mundo y a los seres humanos entre sí:

“O vaincus de tous les temps/ voici venir l'ère/ de votre humble message/(...) Rendez sa vigueur/ à la mémoire en miettes/ sauvegardez-la/ Et puis procréez/ faites passer le message/ Parlez au-dessus de la haine/ de la rancoeur/ Couvrez-les de vos voix prophétiques/ et de cendres de cette planète/ qui se refroidit/ et s'éteint/ faute d'amour” (p. 81-82).

Le soleil se meurt se compone de tres partes: la primera que proporciona el título a todo el conjunto; la segunda, *Éloge de la défaite*, serie de poemas cortos. Con la fuerza telúrica de su escritura y entreverando estos casi aforismos, Laâbi tiende, en ocasiones, la pasarela de la comunión fraternal, de su confianza en hallar seres humanos dispuestos a compartir. Así en el pequeño grupo de poemas que expresan un **desideratum** humanístico y del que extraigo el siguiente:

“Je voudrais/ chaque fois que j'ouvre la main/ dans mon sommeil/ qu'une main anonyme/ s'insinue dans la mienne/ et m'invite/ par petites pressions universelles/ au partage d'un repas/ qui ne serait pas celui de la trahison” (p. 73).

O también, en ese deseo de cambiar su historia y, por ende, la de todos, el poema en que recuerda a Saïda Mnebhi, compañera de cárcel, muerta en 1977 tras una larga huelga de hambre:

“Je voudrais/ sortir maintenant de ma chambre close/ et trouver au tournant de la rue/ Saïda Mnebhi/ plus vivante que quand elle était vivante/ tenant par la main une petite fille/ qui lui ressemblerait comme deux gouttes d'eau/ Et la petite fille/ me tendrait une orchidée noire/ en disant: Ça, c'est pour la peine du poète (p. 74)”

La tercera parte de *Le soleil se meurt*, es el clavo, cada vez más frío, del amor al que se agarra Laâbi. La luz intemporal que ilumina estos poemas, englobados bajo el título de *Seul l'amour*, brota de sus pilas amorosas, más acá y más allá de marcos culturales e históricos, átomo que proporciona la energía primera al ser humano. La tercera persona que casi siempre ata estos veintinueve retratos de la pareja --la suya, la nuestra, la tan ansiada pareja-- es el hilo conductor de su fe en el minúsculo/mayúsculo embrión social, **eros** contra la disgregación colectiva:

“Ils n’ont pas d’âge/ leur histoire monte et descend/ à la nuit des temps/ Ils résumant les livres/ les légendes/ Ils n’ont pas inventé la poudre/ découvert l’Amérique/ - Heureusement!-/ Ils sont conscients/ et inconscients/ Ils ne revendiquent rien/ pour eux-mêmes/ Ils se contentent d’être/ dans le message innocent/ du partage”.(p. 106)

Su apuesta por el amor como primera fuente balsámica del cainismo que no cesa, como restaurador de nuestra confianza en los seres humanos, el deseo de que esa unión fructifique en un humus imprescindible en la tierra de la convivencia, el amor incluso como perforadora del duro caparazón de la lengua, están presentes en los poemas finales de esta parte de *Le Soleil se meurt* y que aquí sintetizo en el que lo clausura:

“Et s’il ne reste qu’un miracle/ ce sera peut-être celui-là/ gagné à la sueur de l’âme/ arraché comme une rose/ perdue dans un champ de mines/ déterré d’un ciel/ que la rare bonté/ a su cacher/ parmi les cieux livrés/ au pillage rituel/ O miracle orphelin” (p. 113).

La última parte de este libro se titula *Les petites choses* y me parece, en parte, la confirmación de la experiencia bachelardiana al mostrar Laâbi el cordón umbilical que nutre la inmensidad del mundo y la profundidad del ser íntimo. En el poeta reverbera lo exterior, pero no como en una escritura/espejo pasiva, sino como el eco de su intimidad inmensa, su espacio íntimo ensanchado en la inmensidad de su contemplación: “Dans la main/ le monde tient/ au chaud” (p.130).

La escritura volcánica de Laâbi se transforma aquí en una mirada pacificadora. Tierno con los objetos, dulcifica el mundo: “Le coussin a dit:/ Le repos m’irrite/ J’ai besoin des câlins/ de deux têtes amoureuses” (p. 138).

Una palabra redonda como “pain” o “pan”, que para el caso da lo mismo, le sirve de asidero al poeta para engancharse al sueño de la comunión fraternal: “Le pain rond/ se partage mieux” (p. 145).

¿Se trata de su obsesiva preocupación por la palabra, por el sentido de las palabras? ¿La palabra como puente de plata para alcanzar la orilla del semejante?: “Par où/ faudra-t-il commencer/ La toilette des mots/ ou le jardinage des âmes” (p. 149)

La raíz social, el recuerdo de su modesto origen, el oficio paterno en su barrio natal de Fez, grabaron en él los recuerdos de un mundo que no le es extraño: las miserias y las grandezas de los humildes artesanos: “L’artisan obscur/ dans l’echoppe obscure/ dans le pays obscur/ Picasso du silence” (p. 164).

O, en otro registro diferente, la viga del humor y la ironía, la alegría irrenunciable que salpica su obra, a pesar de los pesares que ha debido atravesar, o quizá por ello mismo, guiño y homenaje literario al maestro Flaubert: “Reste à écrire/ l’éloge du lit/ Le dictionnaire des idées dèques” (p. 164).

En resumen, bañados todos ellos por la ternura, la ironía lenificante, la comunión fraternal, radiografías de un tiempo tormentoso, flashes de una sociedad desmembrada, brújulas para encontrar islotes de amor y de fraternidad. Desde la constatación de un imposible olvido: “Même la paix est laide” (p. 65), el poeta dispara las ráfagas de sus versos, transparentes por dolorosos: “la peur de vivre/ a remplacé/ la peur de mourir” (p. 67).

*L'Étreinte du monde*⁶, el último libro de poemas - como siempre, el mismo libro de siempre -, está dividido en tres partes. La primera, “Les Écroulements”, de título pesimista, es la demostración, una vez más, de la fe en la palabra, de la confianza en encontrar un salvavidas vital en el amor de un hombre y una mujer. Se trata de un único poema largo encadenado en un diálogo, sucesión de dudas, de preguntas desde el calor de la pareja frente al silencio y al frío exteriores:

“Dis-moi ce que tu vois/ Brûle-t-on déjà les livres sur les places
publiques/ Rase-t-on la tête des femmes avant de les lapider/ Y a-t-il
des processions d’hommes à cagoule/ brandissant croix et
cimeterres/ Pourquoi ce silence, mon aimée/ Sommes-nous sur une
île flottante/ ou voguons-nous sur une torpille/ Sommes-nous seuls/
ou enchaînés à d’autres frères d’infortune Quel jour sommes-nous/
Quelle heure est-il” (p.11-12).

A pesar de que el poeta confiese “j’écris avec le tout et le rien/ l’énergie du désespoir” (p. 23), a pesar de los derrumbamientos que llenan de estrépitos la memoria de nuestra andadura, sigue porfiadamente confiado en el poder de la palabra lírica:

“Ah parole/ vois comme tu m’as endurci/ Je suis devenu ton
enclume/ Les marteaux du monde peuvent frapper/ je ne me
courberai pas/ J’attendrai qu’ils s’épuisent/ pour me préparer au
monde suivant/ Et qu’il prépare lui aussi ses marteaux!” (p. 25).

Así hasta el final del largo poema, cuando un hombre y una mujer pueden recomenzar el mundo desde el islote robinsoniano del amor. No trata el poeta de buscarle una salida al desamor generalizado, pero sí un refugio en la pareja:

“Et le miracle sera là/ nos pouls qui battent paisiblement/ jouent leur
symphonie/ poignet contre poignet/ pendant que nous voguons/ sur
l’empan de notre île/ avec une nouvelle provision de mots/ un peu
d’eau douce/ quelques fruits/ en sachant que notre esquif est de ce
monde/ qui s’écroule autour de nous/ en nous” (p. 26).

⁶ *L'Étreinte du monde*, Éd. de la Différence, Paris, 1993.

La segunda parte, titulada “Une seule main ne suffit pas pour écrire”, se compone de treinta y un poemas cortos. Quisiera destacar unos pocos para mostrar la evolución que se opera en su interior. La reflexión y la constatación cruel de su anclaje en una historia concreta, en un paisaje cultural concreto en uno de los primeros poemas que resumo:

“Je suis l’enfant de ce siècle pitoyable/ l’enfant qui n’a pas grandi/
(...) Étendu au milieu du chemin /la tête tournée vers l’Orient/
j’attends la caravane des fous” (p. 33).

O su lugar, bíblicamente hablando, en la génesis del ser humano:

“L’Histoire qui a tourné la page/ c’est la main de l’homme/ C’était
un mutant séparé de l’eau/ que l’arbre n’arrivait plus à nourrir/ Il
croyait à l’errance/ au mariage de l’acte et de la foi/ (...) Avant d’être
homme, il fut femme/ Il fut amoureux avant de parler/ Avant de tuer/
il s’excusait auprès de sa victime/ Un jour/ il découvrit l’écriture/ et
le goût immodéré des conquêtes” (p. 34).

La raíz de su memoria no olvida nutrirse de la savia que le amamantó. De ahí ese simbólico poema-homenaje a la madre:

“Je n’ai pas vu ma mère depuis vingt ans/ Elle s’est laissée mourir de
faim pour moi/ (...) Aujourd’hui, quand je suis seul/ j’emprunte la
voix de ma mère (...) Je n’ai pas vu ma mère depuis vingt ans/ mais
je suis le dernier homme/ à parler encore sa langue” (p. 45).

Termina esta parte del libro con un canto a la vida como no podía ser menos en este poeta con una fe inquebrantable en el ser humano y en la luz del día:

“La vie/ Il me suffit de m’être réveillé/ le soleil dans ma droite/ la
lune dans ma gauche/ et d’avoir marché/ depuis le ventre de ma
mère/ jusqu’au crépuscule de ce siècle (...) J’ai vu ce que j’ai dit/ je
n’ai rien tu de l’horreur/ j’ai tout pris et donné à l’amour/ La vie/ Ni
plus ni moins que ce miracle/ sans témoins/ Ah corps meurtri/ âme
meurtrie/ Avouez un peu votre bonheur/ Avouez-le/ rien qu’entre
nous” (p. 60).

El ombligo del poeta se hace universal, habla de sí mismo cuando habla de nosotros y la necesaria errancia es un enigma, pero lo único que nos queda es la búsqueda. El sol se muere, pero sigue ardiendo. Atestiguar nuestra derrota es la prueba de la fortaleza moral de los seres humanos. Laâbi utiliza la palabra como ariete para sacudir la vaciedad contemporánea, para retorcerle el cuello a nuestra obsesión por el

paso del tiempo. El reloj de su obra y de su vida marcan la misma hora, señalan la solidez de un poeta que las ha edificado con el mismo mármol. Su fe en el hombre le hacen salir indemne de nuestra inacabable travesía: entre el desgarró y la reconciliación, parada y fonda en el valor y el amor.